

La fría belleza del Monte de Caldén

Los mejores amaneceres se admiran en los montes de la llanura pampeana, una zona seca y habitada de animales salvajes.

El sol, apenas apareciendo para marcar un nuevo día, se ve al horizonte con unas pocas nubes que lo acompañan, se escuchan los bellos cantos de los pájaros, los árboles se ven desnudos y secos, el suelo blanco como la nieve marcaba la helada que había caído la noche anterior.

Para muchos, este paisaje se ve hermoso, un escape de la realidad, pero para Don Chico, significaba que la vida sigue, sin importar como estás o como te sientas, solamente sigue su curso.

Don Chico salió de su toldo, una muy precaria edificación, construida con troncos de caldén y unas pocas chapas que habían costado el trabajo de un año. Él se habría conformado con un poco de pasto puna como techo, pero su mujer afirmaba la que bebé debía tener una “casa acogedora”.

Aún recordaba los dolores de su cuerpo después de pasar todo un día en el monte, hachando árboles como un desgraciado, pero todo eso valía la pena cuando llegaba a su hogar y se encontraba a su mujer, con una panza a punto de explotar, cocinando la poca comida que había para cenar. Cuando veía esa escena, y sentía ese aroma a un guiso de vizcacha cocinado con amor, todos sus malestares se esfumaban.

Ambos se esforzaban muchísimo para poder construir el mejor hogar posible para su hija, anhelaban su llegada con tanta alegría, pero también con miedo, de que se complicara el parto y no tengan nada por hacer.

Doña Felisa, “la fina” como solían llamarla los cercanos, era una mujer menudita pero fuerte por todo lo que le tocó pasar, con un amor enorme hacia el canto de las aves, y con una voz tan bella que encajaba completamente con estas. Era hija de turcos comerciantes, de los cuales había heredado sus hermosos ojos azules, al igual que sus 12 hermanos.

Don Chico, era descendiente del cacique Yanquetruz, quedó huérfano a muy temprana edad, el Huinca (hombre blanco) mató a toda su familia y tuvo que rebuscarse la vida como hachero en una estancia llamada: El Ñandú, en honor a una de las especies autóctonas más bellas y únicas de la región pampeana.

La estancia era propiedad de Don Pedro Luro, un rico terrateniente porteño que había adquirido sus tierras en la, tristemente llamada, Conquista del Desierto.

Fue acogido y tratado como un hijo más, pero debía trabajar muy duro, el ferrocarril no podía esperar, la leña para las locomotoras y los postes para los durmientes de las vías eran muy demandados, tanto o más, que la tierra para cultivar cereales.

A meses de nacer la niña, la fría belleza del Monte de Caldén se vio opacada a sus ojos por la horrible tragedia e inesperada muerte de las luces de su vida.

Esa noche, la luna se vistió de un manto blanco, las estrellas resplandecían en la oscuridad del monte. A lo lejos se escuchaban los murmullos y sonidos de los animales del lugar: tal vez zorros, tal vez pumas... Todo parecía un sueño, la vida le había dado todo lo que él anhelaba.

Era una época de muchísima hambre, y la noche de helada no ayudó a que despertaran al día siguiente. El frío se las arrebató, de un suspiro. Las enterró a ambas cerca de una laguna, bajo un hermoso árbol de caldén, donde cada año, una familia de aves armaba su nido.

Debía seguir adelante... pero, ¿cómo luego de ser tan feliz? Tal vez, aquel tren que pasaría un día por esa estancia, podría ser su escape, su salida, ante tanto dolor... tal vez una oportunidad.

Pero no es fácil, para un paisano que ama la tierra, no es fácil dejar atrás esta inmensa llanura, que le había dado todo y sacado en un instante.

Los años pasaron, con mucho dolor, los recuerdos lo golpeaban.

Un día, le salió un trabajo en una estancia, lejos de sus tierras. Consistía en ir unos pocos días y hachar muchísimos caldenes para leña de un rico terrateniente. Así que, tomó sus pocas pertenencias, y con su perro, llamado Gaucho, y su yegua partieron viaje.

Él no tomó en cuenta que ya no tenía el vigor de la juventud, y la muerte, que no perdona a nadie, en un minuto le quitó su último suspiro.

Lo último que vio fue uno de los más hermosos atardeceres en llanura pampeana, se podía escuchar el canto de las aves, que él tanto le recordaba a su esposa; se podía contemplar el ferrocarril a lo lejos, que le había dado la oportunidad de vivir todo lo vivido en la fría belleza del Monte de Caldén.

Se iría en paz, se iría con las dos luces de su vida. Había llegado el momento de ser feliz, después de tanto sufrimiento.

“Varios paisanos, afirman haber visto a un viejo hachero vagando por las espesuras del monte de caldén, buscando su hogar y anhelando encontrar a su familia”.

Pos escritura:

Para escribir este cuento leí varios textos y artículos periodísticos sobre Historia de mi provincia, La Pampa.

Además, conozco nietos de hacheros que siempre nos cuentan sus relatos de la vida en el monte, de ellos, de sus abuelos y bisabuelos. Me pareció interesante hablar de dos cosas que fueron tan particulares/ propias de mi provincia y que hoy por hoy, ya no están: por un lado, los hacheros y por otro el monte de caldén o caldenar pampeano.

Además, tuve en cuenta el contexto histórico, es decir, el momento en que La Pampa fue un territorio nacional luego de la triste Conquista del Desierto, la cual desarticuló por completo la vida de las poblaciones aborígenes que habitaban el monte de Caldén, único en el mundo, el cuál compartimos o compartíamos con la vecina provincia de San Luis.

La Pampa tenía otra fisonomía a principios del SXX, unos de los bosques de caldén más extensos y bellos del territorio nacional, sin embargo, la necesidad de leña para los ferrocarriles, y la reciente creación de los pueblos pampeanos, sumado a la necesidad de anexar tierras productivas para el modelo agroexportador de principios de siglo, hicieron

que el monte de caldén fuera arrasado, reducido a pocas hectáreas, y para ello fue necesario el surgir de una nueva profesión, hoy casi extinta en la provincia: los hacheros.

Tener la experiencia de poder escribir un cuento histórico fue fascinante, amo leer, tengo muchos libros en mi biblioteca, la lectura es parte de mi vida diaria.

Poder escribir me significó una gran satisfacción, y, sobre todo, escribir sobre mi provincia, su historia, su pasado, me encantó.

Gracias por ésta oportunidad, espero les guste el cuento.

Lucila Garro

DNI 46256242

Ingeniero Luiggi- La Pampa

Bibliografía consultada:

- *Manual A y B Unidad III de la olimpiada.
- * Revista Contexto Universitario: Cartografía de los hacheros en La Pampa.
- *De Anzoátegui a Trappa, un siglo de explotación en el caldenar pampeano". Artículo periodístico.
- * "Relación laboral y conflictos en los obrajes pampeanos", de Roberto Etchenique, publicado en Conflictos sociales en La Pampa (1910-1921).
- *Libro: La tierra quema... trabajadores rurales en el territorio nacional de La Pampa de Leonardo Ledesma.
- * Trabajo, condiciones materiales y resistencias en el mundo obrero rural del Territorio Nacional de La Pampa", publicado en Historia de La Pampa I. Sociedad, Política, Economía.
- * Documental de Jorge Prelorán Los Hijos de Zerda, que comenzó a rodar en 1974 y estrenó en 1978 en Estados Unidos, donde se exilió.
- * "Ha desaparecido más de la mitad del bosque de caldén en Argentina". Por Pablo D'Atri 5 de agosto de 2008. ECODIGITAL www.ecodigital.org.ar